

A Juan Tomás y a Javier

Los dos periodistas con más influencia en el poder, y con más alto relieve en la restauración democrática, han sido Juan Luis Cebrián y Juan Tomás de Salas. Este último ha sido siempre un periodista empresarializado. Lo ha sido todo en sus publicaciones. Juan Luis no ha sido otra cosa que un profesional de indudable mérito, porque ha construido uno de los periódicos más célebres de este siglo, y entre esa media docena que podríamos enumerar.

Ahora ha estallado una colisión, más que una tormenta, entre "El País" — que dirige Juan Luis Cebrián — y el resto de los periódicos, a propósito del adueñamiento de la SER, por parte del empresario poderoso de "El País", señor Polanco, y del añadido de la televisión privada para la misma empresa. A esto ya me referí en un artículo reciente y señalaba su excepcional gravedad política. Y explicaba las razones: "El País" publicó la situación económica apurada de la prensa española, en sus deudas y en sus obligaciones no satisfechas, y enseguida se armaría la marimorena. La colisión, realmente, no ha sido de florete, sino a cuchillada limpia. No había leído nada parecido desde hacía mucho tiempo, y la singularidad consiste en que el duelo se haya producido entre estos dos hombres, que han jugado un papel tan importante en la democracia.

JUAN TOMÁS DE SALAS

El caso es que en ese texto de las cuchilladas, a cargo de Juan Tomás de Salas, aparece otro navajazo a mí, sin venir a cuento. Yo creía que mis relaciones con Juan Tomás de Salas habían mejorado mucho, sencillamente porque el tiempo seca las heridas, y yo no estoy ahora mismo en ninguna disposición de combate. Hago el análisis de lo que pasó, y en paz. En realidad, nunca tuve a Juan Tomás de Salas en un punto predilecto de mira. Pero yo lo era para algunos, y entre ellos para Juan Tomás de Salas. Esa gran revista política que fundó, "Cambio 16", me hostilizó bastante en el pasado. Pero luego fue amansándose. En algunas ocasiones no he sido tacano en el elogio a algunos de los periodistas que trabajan en las publicaciones de Juan Tomás de Salas, y también a determinadas informaciones importantes o relevantes. Pero ahora Juan Tomás de Salas, tras acusar a "El País" de actuar de portavoz y valido del Gobierno, dice esto: "Prestarse a ese juego es algo que hacía Emilio Romero desde «Pueblo» cuando azuzaba a la dictadura, contra el diario «Madrid». No voy a excitarme, porque atravieso un felicísimo momento de indiferencia ante la injuria o la descalificación. Ni siquiera el elogio me conmueve. Pero como testimonio para la historia, y sin perjuicio de que voy a explicar todo esto muy bien en mi próximo libro, mi respuesta es obligada. El periódico "Madrid" fue esa gran realización que hizo Juan Pujol, y que durante muchos años fue el gran periódico de la tarde. Representaba la novedad, la independencia, y la brillantez de aquel tiempo.

Cuando la familia Pujol dejó aquel periódico, las cosas empezaron a ir de otro modo y en todos los asuntos. Un buen

día se hicieron cargo de aquel diario unas personalidades que se propusieron orientar aquella publicación en una gran plataforma política, actitud respetable, aunque un periódico debe ser otra cosa. Sus personalidades descolantes eran la de Rafael Calvo Seres y la de Antonio García Trevijano. Las limitaciones a las libertades en aquel tiempo ocasionarían, en primer lugar, una suspensión de varios meses, y después el cierre del periódico. Yo no tuve la necesidad de azuzar a nadie para que estas cosas, porque dirigía otro periódico, "Pueblo", que triplicaba la tirada de "Madrid". Este periódico no llegaba a los cien mil ejemplares, mientras que el mío se acercaba a los trescientos mil. El periódico "Madrid" era un periódico casi local, y el que yo dirigía era nacional. Así es que no era competidor. Los grandes periódicos nacionales eran "ABC", "La Vanguardia", "Ya" y "Pueblo". Pero cuando tuvo lugar el cierre del periódico, yo tuve una solución solidaria con los trabajadores de la redacción, de la administración y de los talleres, y propuse a la organización sindical que, en tanto los tribunales fallaban ese pleito, debía hacerse cargo de los problemas económicos de tal publicación y de acuerdo con la Asociación de la Prensa de Madrid, designar un director para el periódico. Me parecía indigno que los trabajadores tuvieran que pagar la aventura política de los nuevos empresarios políticos. Trevijano me puso verde en una rueda de prensa, y la Asociación de la Prensa de Madrid y la organización sindical se pusieron de mi parte porque lo que únicamente se había hecho, o había propuesto, era una solución de vida para un periódico, frente a la solución de muerte de sus dueños. Luego todo quedó muy claro: los dueños volaron, hasta el edificio del periódico, que era una verdadera joya en la céntrica calle de General Pardiñas, y ellos fundaron en París la Junta Democrática con Santiago Carrillo. Y sobre este tema, como es natural, tengo todos los papeles. Mi idea fue la de la salvación, y no la del cierre. Y yo no azucé a nadie, sino que fueron ellos los que azuzaron a la dictadura.

JAVIER TUSSEL

Javier Tussel, ese joven y relevante historiador, ha replicado a un artículo mío, donde venía a cuento la figura de Joaquín Ruiz Giménez a quien yo acusaba, políticamente, de desorientado y extraviado. Su tesis es que el "arrepentimiento" es legítimo. Estoy completamente de acuerdo. Y otra cosa más que en mi artículo quedaba muy clara: mi viejo y permanente afecto a Joaquín Ruiz Giménez. Pero todo eso es compatible con aquello que dice de su desorientación y extravío. Fue un hombre del alzamiento nacional, una gran figura del mundo joven universitario, embajador, en Roma, ministro de Educación, parlamentario de designación, y más de un cuarto de siglo después de la fundación de aquel régimen, se da cuenta de que es malo. Dije que me parecía demasiado tiempo para emitir juicios desfavorables sobre una dictadura a la que había servido. Dionisio Ridruejo lo hizo, mucho antes. Luego vino la democracia, y tuvo el descalabro electoral, por empeñarse en ir en solitario con José María Gil-Robles.

Más adelante se perdió en el universo gasoso de estar concretamente en ninguna parte, y por último alcanza el favor socialista de ser nombrado "Defensor del Pueblo". Y en tantas ocasiones, ha sido emisario, intermediario, y varió. Muchas veces he pensado en una posibilidad de franciscanismo admirable, pero en la política no hay más que dos naturalezas: o maquiavelismo, o diabolismo. Mi segunda objeción es que Joaquín Ruiz Giménez, como Defensor del Pueblo, no debe ser, exclusivamente, un burócrata. Joaquín no tiene estas trazas. Así es que la denominación, y su figura, le obligan a hacer lo que ha hecho toda la vida. En este caso su figura apostólica no estaría ante el riesgo de la desorientación o del extravío. El Gobierno socialista, y especialmente Gregorio Peces Barba, tendrían la obligación de comprenderlo.

Emilio ROMERO